

**Farré, Judith.** *Espacio y tiempo de fiesta en Nueva España (1665-1760)*. Madrid: Universidad de Navarra, Editorial Iberoamericana, 2013, 312 p.

Sin lugar a dudas, la fiesta se traduce en el tiempo extraordinario, en el exceso y el derroche. Es siempre el espacio en donde se trasluce lo más pomposo y exuberante. El elemento de “suspensión”, como Farré explica, es hacer que los festejos rompan con lo cotidiano, cuando el regocijo temporal reemplaza a la fatiga continua. Sin embargo, a lo largo de la historia, las manifestaciones festivas han adoptado un cariz diferente, dependiendo de las peculiaridades propias de cada cultura y comunidad. Las fiestas son el reflejo de las tradiciones y de las personas que las celebran.

Judith Farré examina la organización social y política de Nueva España durante las fiestas en las décadas finales del siglo XVII (coincidentemente con la decadencia de la dinastía de los Austrias) hasta 1760 (ya bien instaurada la casa de los Borbones). Durante este periodo, las fiestas tuvieron un lugar muy especial tanto en el calendario religioso como político. Las celebraciones siempre tendrán un sentido litúrgico (que corresponden a las fiestas regulares) o un significado político (como las coronaciones, exequias de reyes o nacimientos de príncipes) y fueron usadas consecuentemente por las altas esferas eclesiásticas y civiles.

---

191

Pero, ¿cuál es el sentido del boato en el siglo XVII? Por un lado, las festividades sirvieron como una ocasión de desahogo popular (y económico, ciertamente). Al igual que los carnavales, eran un momento de desborde, de derroche y de alteración de la rígida sociedad virreinal. Por otro lado, tam-

bién perpetuaban el aparato político estático y jerarquizado. En las fiestas había un orden, un desfile organizado de las distintas clases sociales. Era un recordatorio de la obediencia y la lealtad a la Corona.

En el libro se explica que la fiesta barroca se adueñó del espacio urbano. Otorgó una dimensión compleja al mezclar lo sagrado y lo civil, lo público y lo privado. Nos abre una ventana a la realidad mestiza y heterogénea de la colonia. Provocó un gran dinamismo al imaginario colectivo de una joven sociedad mestiza.

Uno de los puntos más importantes que plantea la autora es el rol de los indígenas. La fiesta nos permite comprender mejor la participación de los indios y mestizos en el virreinato. Varios historiadores han subrayado que los indios en el virreinato no eran sujetos pasivos y ajenos a las instituciones que habían llegado de España, sino que hicieron uso de estas para escalar socialmente y posicionarse dentro del aparato eclesiástico y administrativo.

Resulta muy ilustrativo el caso de Antequera (actual Oaxaca) que introduce la autora. El imaginario indígena se materializa en una decoración con motivos locales. En las celebraciones por su nacimiento, al infante Carlos (Carlos II) se le asemeja a Pan (dios de la naturaleza). Los elementos naturalistas, tan presentes en la cultura ancestral de los habitantes del valle, se plasmaron en arcos, máscaras y adornos en las calles.

---

192

El caso de México no es ajeno a su tiempo. Nos permite recordar que los dos grandes virreinos de España en América tuvieron una sociedad compuesta por indios y mestizos, que a lo largo de dos siglos lograron impregnarse de la estructura política que los españoles habían desarrollado. En

el Cuzco, como señala el historiador David Cahill<sup>1</sup>, la fiesta del Corpus Christi era una gran ocasión para las familias de la antigua nobleza incaica. En esta celebración religiosa, los nobles hacían gala de su vestimenta y emblemas que recordaban el pasado imperial y les permitía lucir su poder e influencia en la jerarquizada sociedad colonial.

Las festividades fueron una herramienta a través de la cual los indios demostraban su pertenencia a la sociedad colonial. Introducían a la vez, su imaginario y las características culturales de sus comunidades rurales y urbanas. Sin embargo, Ferré sostiene que los dos espacios adquirirían un valor distinto como escenario de las fiestas. Mientras que en el campo era más visible la presencia de decoración indígena, en Ciudad de México estos elementos estaban más ocultos o, en todo caso, formaban parte de un imaginario basado en la mentalidad criolla, que de esta manera creaba una identidad frente a los españoles peninsulares.

Es curiosa la mención, bastante detallada, de santa Rosa de Lima, que fue beatificada en el siglo XVII y que generó una serie de reacciones muy positivas entre la clase criolla de Perú y México. La autora narra todas las festividades que se hicieron a santa Rosa como patrona de América. El sentimiento y empeño en festejar a la santa tenía un sentido más complejo, pues se estaba reflejando en ella la identificación de los criollos, que a su vez, enviaba un mensaje político –de identidad propia– a la Corona.

Las entradas de los virreyes también reciben una especial atención en el libro. La llegada de la corte del virrey a Amé-

---

1 Cahill, David y Blanca Tobias. “Una nobleza asediada: Los nobles incas del Cuzco en el ocaso colonial”. En *Élites indígenas en los Andes: nobles, caciques y cabildantes bajo el yugo colonial*. Quito: Ediciones Abya Yala, 2003.

rica, desde que desembarcaba hasta que llegaba a Ciudad de México, era una ceremonia muy elaborada. En el caso del virrey de Villena, como menciona la autora, la pompa fue extraordinaria y se gastaron inmensas cantidades de dinero del tesoro e incluso de particulares. Si bien el caso de Villena es exagerado por ser la primera llegada de un grande de España, sirvió como modelo para las futuras llegadas de virreyes. Además, el recorrido ciudad por ciudad seguía el mismo trayecto que usó Hernán Cortés hasta su llegada a Tenochtitlán. Por lo tanto, estas ocasiones eran el recordatorio de la conquista española sobre el Imperio azteca.

Estas actividades también eran recurrentes en Perú. La llegada del virrey producía revuelo en Lima (aunque el camino desde el Callao no debe haber sido tan largo). En México, para agasajar al virrey se producían corridas de toros, decoración de las calles, limpieza de las mismas, etc.

Farré señala que esta ceremonia no solo tenía un sentido de agasajo, sino de recordatorio a la autoridad de la gran responsabilidad que recaía sobre él. El virrey debía ser la figura siempre presente de un rey que estaba lejos. Era la personificación de los poderes del rey en América. Su autoridad se basaba en su figura pública y atenta a los sucesos y problemas del virreinato.

Es importante resaltar el papel que jugaron las mujeres dentro de los conventos. La autora propone que las monjas que vivían piadosamente intramuros sí tenían un papel activo e importante en la sociedad colonial. Sus fortunas familiares permitieron la edificación de una veintena de clausuras nuevas en distintas ciudades. A la larga, aquellos apellidos de “nuevos ricos” adquirieron notabilidad, en gran medida, gracias a las colaboraciones con la iglesia y el ingreso de sus hijas en los conventos. Dentro, la vida monacal no era tan austera y se llegaron a celebrar varias comedias.

En conclusión, la autora acierta al sostener que los elementos festivos del virreinato de Nueva España no solo tenían un sentido de diversión, sino que obedecían a una realidad social muy compleja. La nobleza usaba las fiestas para hacer notar su estatus, mientras que los indios se representaban a sí mismos y buscaban un espacio en la estructura social colonial. Además, las fiestas servían como una muestra del poder de la metrópoli y recordatorio de la fidelidad al rey de España. Las fiestas religiosas no fueron solamente celebraciones cristianas, sino que tenían un sentido claramente social, como es el caso del Corpus Christi.

La compleja realidad de los virreinos españoles reclama una investigación holística que cubra las distintas facetas de la sociedad, la cultura, la economía y la política. Una forma apropiada de acercarnos a la historia es a través de la cotidianidad y de lo súbito —de “suspensión”—, como señala la autora. Ciertamente, el tiempo y espacio de la fiesta nos presta una ventana hacia nuestro pasado.

*Carlos Manuel Lancho Bances*  
Pontificia Universidad Católica del Perú